

blica, hasta el día de su defensa ante el respetable senado de España.

No es tan fácil, y más á los que pertenecemos á la raza latina, ser ligeros en nuestros juicios, que casi podría decirse que es una costumbre el tomar por base de nuestros procedimientos las primeras impresiones. ¡Qué extraño es que el Sr. Pacheco obrase bajo tal influencia, cuando hombres distinguidos han cometido iguales errores, ligerezas é injusticias!

Lord Chesterfield, que era embajador ó ministro en Holanda, llevó en su yacht á Montesquieu á dar un paseo por Inglaterra. Es curioso saber el juicio que formó el autor del *Espíritu de las leyes* de sus vecinos los isleños, á pesar de los agasajos del noble y distinguido lord; y viene esto al caso, no porque en nada admita comparación el Sr. Pacheco con Montesquieu, sino porque es un ejemplo de lo que suelen desbarrar hombres de una justa y merecida reputación.

"El pueblo de Londres, dice Montesquieu en sus notas, come mucha carne, lo que lo hace muy robusto, pero á la edad de 40 ó 45 años revienta.

"No hay nada tan horrible como las calles de Londres. Están muy sucias, y el empedrado es tan malo, que casi es imposible andar en coche. Cuando hay necesidad de entrar en un carruaje de alquiler, es necesario hacer testamento, etc.

"Los jóvenes de Inglaterra se dividen en dos categorías: los unos que saben mucho porque han cursado en las universidades, y tienen por esto un aspecto de encogimiento y vergüenza, y los otros que no saben nada, y que por el contrario, más bien carecen de ella y son los dueños de la nación. En general, los ingleses son modestos.

"Los ingleses necesitan de una buena comida, de una hermosa muchacha y de grandes comodidades. Desde el momento que su fortuna se menoscaba y no pueden tener todo esto, ó se matan ó se vuelven ladrones.

"La corrupción se ha generalizado en todas las clases. Hace treinta años que no se oía hablar de ladrones en Londres, y hoy no se habla de otra cosa.

"El dinero es soberanamente estimado aquí: el honor y la virtud muy poco.

"Los ingleses no son dignos de su libertad porque se la venden al rey, y si se las devolviese, se la volverían á vender."

A juzgar por estas y otras apreciaciones del autor de las cartas Persianas, la Inglaterra en 1729 estaba en todos sentidos peor

que nuestro país, según el juicio del Sr. Pacheco; pero lo más probable es que no fué justo ni filósofo en esto, como en muchos otros de sus escritos, y que muchos de los párrafos como el primero, por ejemplo, más bien excitaría la risa que no la cólera de los ingleses.

El Sr. Pacheco escribió, pues sus notas, como Montesquieu, y en la primera oportunidad las hizo públicas en Europa toda, porque es menester pensar que el discurso del Sr. Pacheco va á servir de texto para formar una opinión de nuestros hombres y de nuestras cosas.

El Sr. Pacheco divide los partidos en dos porciones. Al liberal le asigna la barbarie, el robo, el asesinato, el desorden y la estupidez; al reaccionario la moralidad, el orden, el saber y el talento.

El uno es compuesto únicamente de mulatos y mestizos, el otro de guapa y hermosa gente, de pura sangre y de genuina raza española.

El uno vende su patria á los americanos, el otro conserva sus tradiciones y su independencia. El uno es traidor, el otro es histórico.

El Sr. Pacheco que, soñándose sin duda con la autoridad de Miguel Cervantes, se ha propuesto enriquecer la lengua castellana, inventa *populacheria* al hablar de Italia, y *liberalistas* al hablar de México, para distinguir con estas advenedizadas y denigrantes frases al partido liberal del reaccionario, que él solo ha calificado, no solo de español y de blanco, sino de verdadero liberal.

No es mi ánimo en estas circunstancias remover las cenizas aún calientes de la mal apagada hoguera de la guerra civil, pero sin ofender á nadie, y poniendo á un lado las virtudes privadas de muchas personas, es preciso no dejar pasar sin respuesta una calificación tan monstruosa como absurda.

A la llegada de los españoles á Veracruz en 1521, encontraron un país misterioso y singular, donde se conocía la forma republicana, la monarquía constitucional, la confederación, el imperio electivo, y la monarquía absoluta, de manera, que estudiando bien, no solo en Solís, como el Sr. Pacheco, sino en rancios pergaminos, la singular historia de Anáhuac, se viene en cuenta de que no eran desconocidas ni extrañas las teorías políticas de las naciones más adelantadas de Europa.

Aunque todo el país parecía á primera vista poblado por una misma raza, esto no era cierto, y además de que hoy mismo

puede esto conocerse, la lectura de diversas obras muy importantes que escribieron los religiosos y los misioneros, dan una idea perfecta, á poco más ó menos, de la clase de la población que existía en esta parte de la América. Unas razas eran completamente bárbaras y alzadas, y á éstas jamás pudieron dominar los conquistadores, ni con la fuerza de las armas, ni con las doctrinas de la religión. A medida que se aumentaba la población civilizada, las tribus de indígenas se retiraban á lo intrincado de las montañas ó de los desiertos, donde hasta el día permanecen. Al lado de esas razas independientes y que hablan distintos idiomas, ó más bien dialectos, había otras razas quietas, mansas y sumisas, á las cuales habían sometido ó por las armas ó por tratados ó alianzas, los mexicanos y los tarascos que formaban las dos monarquías más poderosas.

Los mexicanos texcocanos y michoacanos, estaban divididos en dos clases, bien marcadas. Los nobles, que desempeñaban los cargos públicos y poseían el territorio, y los plebeyos ó *macehuales* que lo cultivaban.

A juzgar por las narraciones de los conquistadores y de los religiosos que escribieron en los primeros tiempos, y en estas mismas regiones, los indios que pertenecían á la nobleza, eran de un tipo regular, y á veces hasta hermoso, mientras los infelices y los labradores, tenían en lo general la fealdad, que aumenta siempre la miseria, el duro trabajo y los continuados sufrimientos. A juzgar por D^a Marina, y por la ilustre D^a Isabel, que pueden presentarse como modelos de belleza, de amabilidad y de talento, parece que las nobles mexicanas tenían atractivos que no fueron del todo indiferentes á los conquistadores. Fuéronse, pues, casando con ellas, y posesionándose de sus riquezas, que no consistían en moneda, porque no la acuñaban los indios, pero sí en inmensas posesiones territoriales, que fueron despues dividiéndose entre los hijos, y formando un nuevo núcleo de familias, en que de por fuerza tenía que entrar la sangre indígena. Este es, en lo general, el origen de la población mexicana: de esta mezcla producida por la conquista, descendemos todos, y desciende también la ilustre condesa de Teba, emperatriz de los franceses. (1)

1. M. L'Abbé Brasseur de Bourbourg, en su historia de las naciones civilizadas de México, edición de París de 1858, en las páginas 600 y 601, al pie de

En cuanto á la población de mulatos y de mestizos, de que se compone el partido liberal, según el Sr. Pacheco, es precisamente la más escasa.

Los negros, como es sabido, comenzaron á venir en calidad de esclavos, para el trabajo de las minas y del campo; pero como á pesar de los apostólicos esfuerzos del Padre Fray Bartolomé de las Casas, durante muchos años, los encomenderos se sirvieron de los indios, la raza africana ni pudo ser muy abundante, ni pudo dejar mucha prole. Casi no hay parte alguna de América donde se encuentren menos negros, menos mulatos y menos mestizos, que en México. Si se exceptúan algunas poblaciones de las costas, en la mesa central, trabajo habría costado al Sr. embajador encontrar un negro para cocinero, y un mulato para camarista.

Sin mucho esfuerzo se concibe, que formada la base de la población actual de la raza conquistada, que era muy numerosa, y de la española que estuvo renovándose durante tres siglos, las degeneraciones debían existir en número tan reducido, que positivamente costaría trabajo reunir las ó congregarlas, para que formasen una entidad política, y esta entidad política, en ningún caso ni circunstancia por su número, por sus antecedentes y por su posición social, podría sobreponerse á la raza más numerosa, más inteligente y mejor colocada y repartida por toda la extensión del territorio. Triste, muy triste idea, se podía formar de esos hombres blancos, hermosos, y parecidos en todo al Sr. Pacheco, si fuese cierto que se habían dejado vencer y dominar por un puñado de mulatos y de mestizos. Montesquieu se quedó muy atrás en sus apreciaciones, respecto á los ingleses.

El Sr. Pacheco, que no encontró en la rica lengua castellana los adjetivos bastante acerbos y denigrantes para la venganza histórica y literaria, que le tenía preparada al partido liberal, con un solo rasgo,

la descendencia de Moctezuma coloca la siguiente nota.

"Quedan todavía en España un gran número de descendientes de Moctezuma, los unos por la familia de Oca y Moctezuma, los otros por D^a María y D^a Leonor de Moctezuma, hijas del soberano de México que se casaron con españoles nobles y emparentaron con las más ilustres familias de la Península, de modo que la sangre del infortunado monarca mexicano que murió prisionero de Cortés, corre en las venas de la antigua casa de Guzman, de donde procede S. M. la emperatriz de los franceses."

Yo no sé si habrá exactitud en la anterior nota, pero tampoco sé que haya sido desmentida,

que de puro atrevido pasó á ser ridículo, lo calificó de la manera no solo más grotesca, sino más inadecuada al respeto que merecen los hombres y las cosas de todos los países del mundo, cuando se habla en el alto y elevado estilo oficial, y cuando lo que se habla sale de la boca de un hombre de Estado. El partido liberal habrá podido acaso ser injusto con el Sr. Pacheco; pero al menos fué atento y comedido. El Sr. Pacheco no ha podido ser con él, ni justo, ni comedido, ni atento. El embajador estaba de pleito, no solo con el ministro de Estado y con la República Mexicana, sino hasta con la buena educación.

La verdad es, que si el señor embajador no hubiese limitado sus estudios históricos sobre América á Solís, si hubiese consultado siquiera los datos estadísticos formados por el conde de Revillaigedo, que deben de existir en los archivos de España, se habría convencido que las divisiones y subdivisiones que produce el cruzamiento de las razas, existían hace años en minoría, y han disminuido hoy considerablemente, porque es un hecho notorio, que hace más de medio siglo, que no se importan en México esos desgraciados séres de la raza africana, y como el comercio de los negros con los indios y con los blancos, produce á los mestizos y á los mulatos, resulta cuando ménos que en el partido liberal, de que habla con tanta maestría como tino el señor embajador, los mestizos más jóvenes no deben bajar de sesenta años. Mayor mérito y gracia, puesto que tan venerables ancianos han venido y dominado á esos séres tan inteligentes y tan admirables, que tanto se parecen al Sr. Pacheco.

Si se tratara de una guerra de religion, y el Sr. Pacheco dijera que los creyentes están de un lado y los incrédulos ó herejes del otro, se concebiría que hablaba con mediana exactitud, lo mismo que si tratándose de una guerra de castas en la Habana, dijese que los negros formaban el partido contra los blancos; pero aplicando sus observaciones á México, donde la reclusión para el ejército es forzada, donde el jefe victorioso incorpora inmediatamente en las filas á los soldados que acaba de vencer; y donde, en fin, la guerra civil no ha tenido durante muchos años más que un carácter puramente político, que ha dividido hasta lo infinito los pareceres y las opiniones aun entre las personas de una misma familia, es el más clásico de los absurdos, aun admitiendo la existencia de un

número considerable de mestizos y mulatos, el afirmar que el partido liberal se compone de la gente de color, y el reaccionario de la gente de pura raza española.

¿De qué raza son los muchos soldados de la Sierra que siguen á Mejía, y que han defendido tenazmente á la reaccion? Léjos de ser de raza pura española, son los restos de los antiguos Chichimecas, que permanecieron casi siempre hostiles y alzados durante la dominación española.

¿De qué raza son todos los soldados de los Estados de Oriente, que pelearon durante los tres últimos años á las órdenes de Vidaurri, Blanco, Aramberri, Zaragoza y Quiroga? Pues cabalmente esos sí son de raza pura española; porque en las orillas del río Bravo, y en las antiguas colonias del nuevo Santander no hubo en los primeros tiempos de la conquista, ni indios civilizados, ni se introdujeron negros, porque no había minas que trabajar.

Eran esos países unos desiertos inmensos y hermosos, donde habitan multitud de tribus cazadoras que nunca se han sujetado á la vida civilizada. Los primeros habitantes españoles que se establecieron bajo el amparo y abrigo de los misioneros, y mas adelante se formaron por el gobierno vireinal colonias militares que celebraban tratados de paz con las tribus indígenas, ó las rechazaban con la fuerza de las armas á las márgenes de los rios de la provincia de los Tejas. Así la raza española se prolongó en todas esas tierras sin mezcla ninguna; y si en alguna parte pueden encontrarse limpios los pergaminos de D. Juan de Ugalde, de Escandon, de D. Pedro de Urdiñolas y de otros conquistadores, es en los mismos rifeños que vinieron á combatir desde cuatrocientas leguas de distancia á la reaccion que se había apoderado de la capital, precisamente cuando el Sr. Pacheco estaba en ella. Pero todo esto ni lo pudo decir D. Antonio Solís, ni los reducidos y obsequiosos tertulianos que formaban el séquito y la corte del señor embajador. Su observación no ha podido, pues, contraerse á las masas armadas, porque éstas han peleado en uno y en otro sentido, según la suerte y lances de la guerra, y entonces debe creerse que se refiere á los caudillos ó personas notables que han figurado y figuran en el partido liberal. Pues bien: D. Santos Degollado, Valle, Calderon, Doblado, Uruga, los Lerdos, Gonzalez Ortega, Mendoza, Garza Parrodi, Zarco, Montes, Lacunza, Terán, Gonzalez Echeverría, Ortiz Careaga, Montellano, Prieto, Linares, los Ampudias, Arteaga, Antillon

y otros muchos, ¿qué edad tienen, á qué raza pertenecen, de qué color son, en qué tiempo, ni dónde podría probar el embajador, que sus antecesores hayan venido de la Sierra Leona ó de las márgenes de Zambezé? De todas estas personas las unas ya murieron y otras existen, y ó las conoció el Sr. Pacheco, ó pudo y debió haberse informado siquiera, para que fuese cierta la calificación que de ellas pudiera hacer.

Demos ya punto ó esta cuestión de los mestizos y de los mulatos; y ocupémonos del carácter que atribuye el señor embajador á los partidos que existen en la República.

No hemos acertado á comprender por qué el señor embajador llamó histórico al partido reaccionario; pero si es acaso porque conserva las tradiciones y los usos antiguos, esto, además de no ser exactamente cierto, bajo muchos capítulos podría parecer tan absurdo al hombre ménos observador, cuanto que justificaria en parte los ataques del partido liberal, contra los que no teniendo en cuenta el camino que forzosamente tienen que recorrer las sociedades, quieren que permanezcan atrasadas, ociosas y estacionarias.

Algunas ligeras reminiscencias de los tiempos pasados, pondrán de manifiesto la inexactitud de las apreciaciones de quien tuvo la pretensión de ser como Tácito, filósofo é historiador al mismo tiempo.

Tenemos que amplificar algunas de las ideas que ya hemos enunciado.

La nobleza, comenzó con la conquista. Desde Cortés que fué creado marqués del Valle, hasta los últimos aventureros y soldados que vinieron á México, obtuvieron porciones del territorio, más ó ménos extensas; y sea porque algunos tenían en efecto sus títulos en regla, sea porque otros recibieron condecoraciones en recompensa de sus azañas, ó las adquirieron por el favor ó el dinero, el caso es que se llamó la Nueva España de condes y de marqueses, que formaban la corte aristocrática de los vireyes.

La nobleza que comenzó con la conquista, acabó con la independencia. Los nobles y títulos de Castilla que firmaron la acta de independencia, abdicaron sus tradiciones ante la libertad de la patria, y sustituyeron los renglones góticos de sus pergaminos con los artículos de la Constitución Republicana. En el trascurso del tiempo las casas solariegas que no abandonaron el país, fueron perdiendo la influencia, dividiendo sus capitales y menoscabando sus fortunas; de modo que sus descendientes,

reducidos á la vida comun de los ciudadanos, sin distinción ni títulos de ninguna clase, quizá son los que ménos se mezclan en la política, y poca ó ninguna ingerencia tienen en la lucha terrible de los partidos.

Así, el que el Sr. Pacheco llama partido sano y bueno, nació con la época revolucionaria como todos los partidos y banderías que han existido en el país. De oscuros estudiantes, de clérigos desertados del presbiterio, de militares subalternos y partidos, de abogados de provincia, de tintorillos de los pueblos, han venido ciertos personajes rodando de aventura en aventura y de revolucion en revolucion, á obtener los altos puestos del Estado, y entonces sin acordarse de sus antecedentes; sin tener en cuenta que de algunos años á esta parte todos nos conocemos como si fuéramos de una misma familia y viviésemos en una misma casa, sin borrar siquiera sus mismos escritos, no solo en favor de la democracia, sino en loor de la demagogia, han pretendido formar un partido aristocrático, cuyos ensayos han sido desgraciados y hasta ridículos. Cruces, bordados, uniformes, ceremoniales, etiqueta, distinciones ofensivas en los parajes públicos; hé aquí el único programa de nobleza, de dignidad y de administración. Tiempo hubo, en consecuencia de todo esto, que el andar en la calle sin cruces ni bordados, y con un traje modesto, era un verdadero distintivo, porque al ménos se indicaba que la persona que no había merecido una de tantas y tan variadas condecoraciones, había tenido cierta dosis de buen sentido y mayor de dignidad, para no cambiar por un fragmento de listón, ni su opinión, ni su independencia personales. Se trató de hacer doctores á todos los que no lo eran conforme á las antiguas reglas de la Universidad, y el público los llamó los *doctores de la ley*. Se revivió la Orden de Guadalupe, y los muchachos de la calle corrieron silbando tras de los caballeros de azules mantos que se habían separado de la procesión. ¿Y por qué todo esto? Porque real y positivamente el aparato de la nobleza terminó con la independencia, y porque en los países que se han habituado á las libertades civiles, ó si se quiere á las revoluciones, el respeto de los contemporáneos no se adquiere sino con el valor, con el talento y con las sólidas virtudes. Las puertas de la República están abiertas. A ellas se entra con la espada, con la poesía, con la diplomacia, con la literatura, con la jurisprudencia. La nobleza de la sangre

en los cerebros vacíos, la pureza de la raza en los ignorantes; las tradiciones en los estúpidos ¿qué valen? ¿Cómo el Sr. Pacheco pudo figurarse que en una República donde (aunque con tal ignorancia de la historia) él dice que ha habido cincuenta y cinco gobiernos en cuarenta años, hay ese partido immaculado, ese partido histórico, ese partido de la sangre y de la nobleza? Los partidos se componen en todas partes de hombres buenos y malos; de hombres necios y de talento; de hombres tráfugas, y de hombres firmes y sinceros en sus principios; en fin, de todos los que creen ó fingen creer en una religión que no siguen, ó en una libertad que no practican, así van las cosas, y esas divisiones tan marcadas, y esos retratos que trató de hacer el embajador, no los haría un estudiante de primer año, porque sería desconocer lo que mas debe conocer el que pretende ser hombre de Estado, que es la realidad, y podríamos añadir las vanidades de la vida. Todos somos una miseria.

Las revoluciones en el fondo son iguales en todo el mundo; solo varían en los pormenores y en los accidentes. Pueblos que quieren sacudir la dominación brutal de un guerrero afortunado; nobleza que ya apoya á un monarca déspota, ó ya se rebela contra él y lo destrona, ó lo mata: clases trabajadoras que no soportan las gabelas que les impone un favorito pródigo y disoluto; aristocracia que quiere sostener su lujo y su nobleza con el sudor de los que no se atreve á llamar esclavos, pero que apellida plebeyos; demagogia que á su vez pretende los puestos sin tener el talento para ellos, y las riquezas sin adquirirlas por el trabajo; familias, en fin, que por envidia ó intereses se rebelan y levantan contra otras familias: ciudadanos contra ciudadanos y padres contra hijos. Este es el círculo fatal de la historia, este es el espejo donde las generaciones que van viniendo ven la miseria y los crímenes de las generaciones que ya pasaron. ¿Y cómo se operan todas estas transformaciones, y cómo se suceden todos estos acontecimientos? Por la acción de los partidos, porque también en todas las naciones del mundo hay una mayoría de gente buena, honrada y sufrida que sin mezclarse en la política, sucumbe á la presión de la fuerza y se deja llevar sin voluntad propia por la impetuosa corriente de los acontecimientos.

Hay dos cosas á primera vista muy sencillas, que se expresan con una sola palabra, y que sin embargo, son en el mundo

de lo más difícil, y podría decirse de imposible realización. Estas dos grandes cosas se reasumen en estas dos palabras: *La Constitución. La administración.*

De todos los países civilizados del globo, apenas hay uno solo que tenga una constitución propia y adecuada, que es Inglaterra; ninguno hay que tenga *administración*, porque todos deben cantidades tan enormes, que la economía y la paz de muchos años apenas bastarían para que pagasen una ínfima parte de lo que adeudan á sus acreedores.

Y si esto no es cierto, ¿por qué las guerras, por qué los empréstitos, por qué tan crecido número de fuerza armada, por qué las encarnizadas disputas de sucesión, por qué la lucha de la Iglesia con el Estado, por qué el ensayo y la reforma de diversas leyes orgánicas? El día que falte á la Francia el génio de Napoleón III, ¿qué constitución adoptará, qué monarca se sentará en el trono de San Luis?

El país que en la extensión de la palabra tiene una *constitución* y una *administración*, ni debe un peso á nadie, ni necesita más que una pequeña fuerza de policía para estar tranquilo. El hombre es descontentadizo; el Sr. Pacheco es un ejemplo: los hombres reunidos lo son mucho más; siempre aspiran, pronto se cansan de todo, siempre que pueden abusan, las mas veces yerran; ningunos tesoros, ningun poder los satisface..... Esta es la historia doméstica de la especie humana.

Los hombres no me agradan, decía Shakespeare. Quizá tenía razón.

¿Y cómo el Sr. Pacheco, que mucho ha de haber visto en su vida, pero que suponemos que habrá leído mucho más, viene con el mismo escándalo de los fariseos de la Escritura, extrañando que en cuarenta años la República mexicana no tenga ni constitución ni administración, y calificando de bárbaro, de destructor, hasta de antropófago, al partido cuya enseña ha sido precisamente el principio constitucional?

El partido reaccionario se ha apoyado las mas veces en la espada de algun general afortunado; así cuando ha triunfado, el colmo de sus deseos se ha llenado estableciendo una dictadura, mientras los triunfos del partido que el Sr. Pacheco llama de la barbarie, se han inaugurado con el establecimiento de un sistema constitucional más ó menos perfecto, pero que ha brindado desde luego con sus garantías á los mismos encarnizados enemigos que acababa de vencer.

Muy lejos estamos de aprobar las demasías que se cometen en la guerra civil, pero más lejos todavía de convenir en que uno solo de los partidos las haya únicamente cometido. Un verdadero prodigio, una estupenda maravilla habria sido que en la guerra civil uno de los partidos contendientes hubiese caminado sin desviarse una línea del áspero y difícil sendero de la virtud y de la justicia, y sin embargo, así lo cree el Sr. Pacheco, así lo dice, así juzga de los hechos, colocándose hasta en el terreno de los casos imposibles.

El partido liberal, no exento de defectos, no libre de errores, no al abrigo por cierto de una crítica justa é imparcial en que podrían convenir sus mismos hombres, puede presentar al mundo títulos que no borrarán las calumnias ni las falsas apreciaciones del Sr. Pacheco.

Los aranceles más liberales y módicos para el comercio, el plan de estudios, las leyes de libertad de imprenta, el arreglo de la deuda exterior, la liquidación y consolidación de la interior, la recluta voluntaria, la organización del ejército, la propagación de las escuelas de primeras letras, la destrucción de los monopolios fiscales, el telégrafo, los ensayos de ferrocarril, la escuela de artes, las leyes de colonización, en una palabra, multitud de disposiciones administrativas de incuestionable utilidad que no se han podido variar ni destruir, ni aun con el empuje de las mismas revoluciones.

¿Cómo, si ese partido fuese el de la barbarie, podría haber subido al poder ni un instante sin que la nación toda se hubiese sublevado contra él? ¿Cómo los que no representan más que el asesinato y la desorganización, podrían jamás haber sido reconocidos como gobierno por las naciones civilizadas, ni merecido siempre las simpatías de la Inglaterra, que es una de las grandes potencias que marcha al frente de la política y de la civilización?

Si los españoles de México representan un capital de 150 millones de pesos, ¿cuánto trajeron de España? ¿Trajeron por ejemplo 10 millones? Luego los 140 restantes los han ganado en el país.

¿Y cómo ha podido ser esto cuando los liberales, que tan diversos y no cortos períodos han gobernado, no tienen más programa que el desorden y el asesinato de españoles? ¿Y cómo se pueden hacer unas fortunas tan colosales por los extranjeros, si no es porque quizá, con preferencia á los nacionales, hayan recibido toda la protección posible y compatible con los dis-

turbios que desgraciadamente han afligido á este país? ¿Cómo, en fin, ese partido liberal que no solamente califica al Sr. Pacheco de asesino y de bárbaro, sino también de estúpido é ignorante, ha podido vencer, no una, sino muchas veces, á sus enemigos física y moralmente, y reconquistar el poder que le ha sido arrebatado por los motines y defecciones de la fuerza armada?

El talento y la virtud son cosmopolitas; así nosotros tributamos el debido respeto á todas las *ilustraciones*, no solo de nuestro país, sino del orbe entero, pero estamos muy lejos de convenir que estas ilustraciones se encuentren únicamente en ese partido que podremos llamar de la fantasía del Sr. Pacheco.

El partido liberal, no hoy, sino desde que se reunió al derredor del estandarte glorioso de la independencia, ha tenido ilustraciones en la política, en el foro, en la literatura, en las ciencias y en la milicia. A él pertenecieron D. Andrés Quintana Roo (1), D. Sebastian Camacho (2), D. José Ignacio Esteva (3), D. Pablo de Lavalle (4), D. Miguel Ramos Arispe (5), D. Manuel Gómez Pedraza (6), D. José María Luis Mora (7), D. Máximo Garro (8), D. Manuel Eduardo Gorostiza (9), D. Juan José Espinosa de los Monteros (10), D. Francisco Ortega (11), D. Manuel Crescen-

(1) Tratándose de las personas que ya han fallecido, nos ha parecido oportuno indicar ligeramente los puestos que han ocupado y las cualidades mas marcadas que los han distinguido. Si por acaso algun ejemplar de este folleto llega á manos del Sr. Pacheco, verá cuantas personas de buena raza y de mejor talento, han pertenecido al partido liberal.

(2) Enviado á Londres y París, ministro varias veces, senador, diputado, gobernador de Veracruz, magistrado de la corte de justicia.

(3) Ministro de Hacienda varias veces.

(4) Ministro de justicia, diputado, excelente botánico.

(5) Diputado á las cortes españolas en 1812 y 1820, donde se hizo altamente notable, diputado á varios congresos mexicanos, ministro varias veces, dean de pueblo.

(6) General, diputado á las cortes españolas en 1820, gobernador de Puebla, ministro muchas veces, diputado, senador y presidente de la República.

(7) Diputado, historiador, enviado en Londres.

(8) Enviado en Francia é Inglaterra, muy conocido y estimado en Europa.

(9) Militar que se batió con honor en su juventud en España, en la guerra de independencia, y en su vejez en Churubusco contra los americanos; poeta que fué considerado como el digno sucesor de Morafin, enviado en varias naciones de Europa y en los Estados-Unidos, ministro muchas veces.

(10) Jurisconsulto de primera clase, colaborador de Iturbide, individuo de la junta constituyente, ministro muchas veces, y diputado y senador constantemente.

(11) Poeta notable, literato de mucho mérito, muy instruido en hacienda y en la historia antigua de México, diputado y senador muchas veces.

cio Rejon (12), D. Juan N. Almonte (13), D. Joaquin Pesado (14), D. Juan Bautista Morales (15); D. Manuel Baranda (16), D. José María Chico (17), D. Juan de Dios Cañedo (18), D. Prisciliano Sanchez (19), D. Antonio Garay (20), D. Francisco Garay (21), D. Mariano Otero (22), D. Luis de la Rosa (23), D. Joaquin Navarro (24), presbítero D. Joaquin Guevara (25), D. Miguel Lerdo de Tejada (26), D. Melchor Ocampo (27), D. Santos Degollado (28), los generales D. Mariano Arista (29), D. José Joaquin Herrera (30), D. Pedro Gar-

(12) Diputado y senador, escritor fácil y correcto, orador notable, ministro varias veces.

(13, 14) Es notorio que los Sres. Almonte y Pesado, así como también el Sr. D. Manuel Bonilla, pertenecieron muchos años al partido liberal *exaltado ó puro*, como se llama hoy. Si despues cambiaron de opinion, sus razones tendrian para ello, y nosotros las respetamos.

(15) Jurisconsulto inteligente, magistrado íntegro, escritor notable, diputado, senador, gobernador de Guanajuato.

(16) Abogado de profunda y variada instrucción, orador, diputado, gobernador, ministro varias veces, autor del plan de estudios.

(17) Diputado á las cortes españolas y muy instruido en las ciencias políticas.

(18) Orador muy notable, diputado á las cortes españolas y á varios congresos mexicanos, ministro muchas veces; enviado en Europa y en la América meridional.

(19) Gobernador de Jalisco, donde el corto tiempo que vivió, dió claras pruebas de un raro talento administrativo.

(20) Ministro de Hacienda, y hombre de muy buenos conocimientos en este ramo y en los de comercio é industria.

(21) Diputado, ministro de hacienda, gobernador de Zacatecas, Estado que llegó á ser un modelo en la primera época de la independencia.

(22) Escritor notable, orador de primera fuerza, diputado, senador y ministro.

(23) Literato consumado, escritor muy notable, diputado, senador enviado á los Estados Unidos, gobernador, ministro varias veces, y una encargado de todas las secretarías de Estado.

(24) Médico inteligente, poeta, escritor y orador notable, diputado y senador.

(25) Eclesiástico ilustrado, teólogo y economista profundo, orador notable por su corrección y excelente lógica, diputado, senador y ministro varias veces.

(26) Estadista inteligente, escritor fácil, historiador, ministro varias veces.

(27) Literato de claro talento y mucha instrucción, honrado y patriota sin tacha, diputado, senador, gobernador y ministro varias veces.

(28) Honradísimo, leal, constante y valiente, diputado, gobernador y ministro.

(29) General muy notable por su instrucción, particularmente en la caballería. Ministro y presidente de la República. Su administración, que fué liberal, es una de las mejores que ha tenido la República. Reformó el ejército y la contabilidad, y planteó importantes reformas administrativas que todavía subsisten.

(30) General valiente y honrado que se distinguió en la guerra de la independencia, senador, ministro y presidente de la República.

cía Conde (31), D. José María Tornel (32) y D. Juan Soto (33); á él pertenecen D. José María Lacunza, D. Sebastian Lerdo de Tejada, D. Mariano Yañez, D. Fernando Ramirez, D. José María Cortés Esparza, D. Manuel Zamacona, D. Francisco Modesto Olaguibel, D. Guillermo Prieto, D. José María Lafragua, D. Joaquin Cardoso, D. Francisco Zarco, D. Manuel Montellano, D. Juan Antonio de la Fuente, D. Blas Balcárcel, D. Joaquin Ruiz, D. José Gonzalez Echeverría (34), D. Manuel Terremos (35), D. José María Mata, D. Ezequiel Montes, D. Pedro Ogazon, D. Juan José y D. José Valente Baz, D. Jesus Terán, D. José María Iglesias, D. Vicente Riva Palacio, el Dr. Caserta, el Dr. Verdía, los generales D. Ignacio Comonfort, D. José López Uruga, D. Anastasio Parrodi, D. José María Gonzalez Mendoza, D. Ignacio de la Llave, D. Ignacio Zaragoza, D. Miguel Blanco, D. Santiago Vidaurri, D. Juan José de la Garza y D. Vicente Rosas Landa.

Larga y muy larga seria la lista de los que por su valor y su fina educación, ó por su instrucción en la política y en la jurisprudencia, ó por la facilidad con que cultivan las bellas letras, ó en fin, por los buenos y honrados servicios en favor de la patria y en defensa de la causa de la verdadera libertad, merecerian un lugar distinguido, no solo entre nosotros, sino aun en países mas adelantados y mejores que el nuestro.

Muchos de estos mismos liberales no han sido simplemente buenos gobernantes, sino que han sobresalido de una manera tal en el manejo administrativo de sus Estados, que seguramente dejarán una buena y duradera memoria entre sus compatriotas. El Sr. D. Benito Juárez como gobernador de Oaxaca; el Sr. D. Manuel Doblado, como gobernador de Guanajuato; los señores D. Jesus Gonzalez Ortega, y D. Mariano Riva Palacio, el uno como gobernador

(31) General muy instruido y aun notable en las ciencias, ministro y comisario que demarcó los límites entre la República y los Estados-Unidos del Norte.

(32) Escritor distinguido, literato, historiador, fué gobernador del Distrito, diputado, senador y ministro varias veces.

(33) General notablemente instruido en el manejo de la infantería, diputado y ministro.

(34) El Sr. Gonzalez Echeverría, tío del Sr. conde de Reus, posee un gran caudal, y es uno de los mexicanos más amantes de su patria.

(35) El Sr. Terremos es el hijo mayor del finado Sr. conde de Regla. Podriamos citar muchas otras personas con títulos y caudal, y no lo hacemos por no ofender su modestia.

de Zacatecas, y el último como gobernador del Estado de México, han sabido combinar la energía con la amabilidad, y el orden y la economía con la libertad.

Seguridad completa, arreglo en el sistema tributario, economía prudente hasta el grado apetecido de extinguir toda la deuda y nivelar los egresos con los ingresos, empeño y dedicación por las mejoras materiales, recta administración de justicia paz y orden. Y las pruebas de todo están en los hechos, en los documentos y memorias que corren impresos, y donde se vé todo el conjunto del sistema administrativo que en largas temporadas ha labrado la felicidad y el bienestar de esas importantes porciones de la República mexicana. Para saber la exactitud de todo, ¿qué libros consultó el Sr. Pacheco, á qué personas preguntó, tuvo el tiempo necesario para conocer siquiera de vista muchas de las ilustraciones que menciona en su discurso? Así á D. Lucas Alaman, que hace años murió, lo supone vivo, mientras á Cuevas Couto ó Cobos, (porque hemos leído los tres nombres) lo da por muerto cuando todavía vive: á los que son trigueños los hace blondos, y á los rubios y blancos los apellida mestizos. ¡Es increíble! Qué acertado anduvo el gabinete español al no preguntar al Sr. Pacheco nada de lo que pasaba en México, porque si tal hubiese hecho, y si el general Prim se hubiese guiado de sus informes, hasta el rumbo habria extraviado, y estaria hoy en la isla de Juan Fernandez en vez de estar en Veracruz. Repetimos es increíble el trastorno de ideas del Sr. Pacheco.

Para concluir este punto y pasar á otro, diremos al Sr. Pacheco, que en los cuarenta y dos años que hace que la República se hizo independiente de la Metrópoli, ha habido, no cincuenta y cinco gobiernos, sino diez y nueve presidentes, (*) incluyendo los dos últimos que se instalaron en la capital, y de los cuales escogió uno el Sr. Pacheco para reconocerlo como gobierno. De estos presidentes once han sido

[*] LIBERALES.

Victoria, Guerrero, Pedraza, Farias, Herrera, Anaya, Arista, Ceballos, Alvarez, Comonfort, Juarez, Peña y Peña, y Salas, aunque no pertenecieron al partido liberal, sostuvieron sus principios en sus respectivas administraciones.

CONSERVADORES.

Muzquiz, Barragan, Corro, Bravo, Canalizo, Paredes, Zuloaga, Miramon, Bustamante y Santa-Ana, que llegaron al poder como liberales y por serlo, cambiaron despues de opinion, aunque el segundo, en dos de sus administraciones sostuvo los principios liberales exaltados.

liberales y ocho conservadores, y que de las personas que han desempeñado las secretarías de Estado, que podemos recordar, ciento once han sido liberales, y sesenta y nueve han pertenecido al partido opuesto, (**). Si á ejemplo del Sr. Pacheco nosotros creyéramos que el cambio de ministerio puede considerarse como cambio de gobierno, haríamos tal vez la cuenta de que ha habido en igual período de cuarenta años cerca de ochenta gobiernos distintos en España; pero discurrir así, seria hacerlo sin criterio y sin los antecedentes de una historia que no se necesita leer, porque ella es contemporánea y va pasando delante de nuestros propios ojos.

Entre las diversas apreciaciones que hace el Sr. Pacheco, hay unas, que aunque inexactas, no tienen en sí ninguna importancia. Nadie es dueño de escoger á sus padres, y esta es una de tantas verdades de Pero Grullo, que no negará el Sr. Pacheco. Tampoco está en la mano del hombre tener mas talento que el que Dios le ha dado; pero si está en el arbitrio de un partido político de un país dirigido al bien, y formarse, por decirlo así, un carácter que si no esté exento de defectos, porque esto

[**] LIBERALES.

Guzman, Pedraza, Camacho, Espinosa de los Monteros, Cañedo, Bocanegra, Llave, R. Arizpe, Esteva, Salgado, García, G. Angulo, Guerrero, Moctezuma, J. M. Herrera, Viesca, Zavala, Fagoaga, Godoy, Farias, Parres, J. J. Herrera, C. García, Quintana, Lombardo, Garay, Gutierrez Estrada, Tornel, Gorostiza, Rodriguez Puebla, Velez, Trigueros, Baranda, Reyes, Rejon, Basadre, Riva Palacio, Montes de Oca, Fernandez del Castillo, García Conde, P. Añaya, Lafragua, Pacheco, Guevara, Villamil, Ramirez, López Nava, Jáuregui, Zubieta, S. Iriarte, Rondero, Ibarra, V. Romero, Alcorta, Rosa, Otero, Lacunza, Castañeda, B. Gutierrez, Elorriaga, Ocampo, Fayno, Arista, Yañez, Macedo, Fonseca, Aguirre, Arriaga, Esteva, Esparza, Prieto, Robles, Fuente, Urquidí, Sierra y Rosso, Arrijoja, Juarez, Comonfort, Montes, Siliceo, M. Lerdo, S. Lerdo, Llave, Teran, Iglesias, García Antonio, Soto, Yañez (J. M.) Ruiz [M.], Flores G. Conde (J. M.), Degollado, Emparán, Guzman, P. Garay, Mata, Partearroyo, Ampudia, Zarco, Zamacona, Doblado, Ramirez, J. Ruiz, Teran, Castañeda, Nuñez, Gonzalez, G. Ortega, Zaragoza, Hinojosa, Balcárcel.

CONSERVADORES.

Alaman, Teran, Rincon, J. I. Espinosa, Mangino, Facio, Alas, Gomez Anaya, Barragan, Portugal, Echeverría, Lebrija, Valdés, Blasco, Mora, Bonilla, Torres Torija, Corro, Segura, Vallejo, Cuevas, Cortina, Peña, Romero, Pesado, P. de Lebrija, P. Echeverría, Michelena, Moran, Paredes, Marin [J. M.], Jimenez, Canseco, Almonte, C. Castillo, Haro, Couto, Castillo Lanzas, Becerra, Parra R., Iturbe, Canalizo, Vizcaino, Gutierrez, Icaza, Piña y Cuevas, Arrangoiz, Blanco, Aguilar, Sanz, Velazquez de Leon Olasagarre, Muñoz Ledo, Elguero, Jáuregui, Fernandez de J. Marin, Corona, Larrainzar, Miranda, I. Diaz, Hierro, Saldivar, Jorin, Sagaceta, Peza, Tovar, Parra, J. M. García, Castillo.